

COLLEEN HOOVER

A PESAR DE TI

Traducción de Milo J. Krmpotić

Morgan

Me pregunto si los seres humanos son las únicas criaturas que se sienten vacías por dentro.

No entiendo que pueda tener el cuerpo lleno de todas las cosas de las que están llenas los cuerpos —huesos y músculos y sangre y órganos— y a la vez sentir el pecho vacío, como si alguien pudiera gritarme en la boca y provocar eco en mi interior.

Llevo ya semanas así. Tenía la esperanza de que se me pasaría, porque estoy empezando a preocuparme por lo que me provoca este vacío. Tengo un novio genial con el que llevo saliendo dos años. Si dejo de lado los momentos en los que Chris muestra una intensa y adolescente falta de madurez (la mayoría de ellos alimentados por el alcohol), él es todo lo que podría desear en un novio: es gracioso, atractivo, quiere a su madre, tiene metas... No se me ocurre por qué podría ser la causa de esta sensación.

Y luego está Jenny. Mi hermana pequeña... mi mejor amiga. Sé que ella no es la fuente de mi vacío. Al contrario, aunque seamos completamente opuestas la una a la otra, ella es la principal fuente de mi felicidad. Es extrovertida, espontánea, gritona... y mataría por tener su risa. Yo soy más tranquila, y por lo general mi risa es forzada.

Solemos bromear siempre sobre que, si no fuéramos hermanas, nos odiaríamos. Ella me encontraría aburrida, y yo a ella inaguantable. Pero, como somos hermanas y solo nos separan doce meses, nuestras diferencias de algún modo funcionan. Tenemos nuestros momentos de tensión, pero nunca dejamos una discusión sin resolver. Y, cuanto más crecemos, menos discutimos y más tiempo pasamos juntas. Sobre todo ahora que ella está saliendo con Jonah, el mejor amigo de Chris. Desde que Chris y Jonah acabaron el instituto el mes pasado, hemos pasado casi todas las horas del día los cuatro juntos.

Tal vez mi madre podría ser el origen de mi actual estado de ánimo, pero no tendría sentido. Su ausencia no es nada nuevo. De hecho, me he acostumbrado a ella, así que, en cualquier caso, estoy resignada a aceptar que a Jenny y a mí nos tocó la cruz en lo que a progenitores se refiere. Nuestra madre no ha tenido ninguna presencia en nuestra vida desde la muerte de nuestro padre, hace cinco años. Por aquel entonces, tener que hacer de madre de Jenny me amargaba más que ahora. Y, cuanto mayor me hago, menos me molesta que no sea el tipo de madre que se entromete en tu vida, que te dice la hora a la que has de volver a casa, o a la que... a la que le importes algo. La verdad, es bastante divertido tener diecisiete años y disfrutar de una libertad con la que la mayoría de los chicos de mi edad solo pueden soñar.

No ha habido ningún cambio en mi vida reciente que explique el vacío profundo que siento. O quizá sí, y es solo que me da demasiado miedo reparar en él.

—¿Sabes? —me pregunta Jenny desde el asiento del copiloto. Jonah conduce y Chris y yo ocupamos el asiento de atrás. He estado mirando por la ventanilla durante este acceso introspectivo, así que interrumpo mis ideas para observarla. Ha girado el cuerpo hacia nosotros y sus ojos se desplazan emocionados en-

tre Chris y yo. Esta noche está muy guapa. Le he prestado uno de mis vestidos largos hasta el tobillo, y ha optado por algo sencillo, con muy poco maquillaje. Es increíble la diferencia que hay entre la Jenny de quince años y la actual de dieciséis—. Hank dice que puede pasarnos algo esta noche.

Chris levanta la mano y le choca los cinco. Vuelvo a mirar por la ventanilla, no tengo claro que me guste que le guste colocarse. Yo lo he hecho varias veces: es una consecuencia de tener la madre que tenemos. Pero Jenny solo tiene dieciséis años y se mete todo aquello a lo que pueda echarle mano en cada fiesta a la que vamos. Es un motivo muy importante para que yo haya decidido no hacer lo mismo, ya que, siendo la mayor y sin una madre que nos controle, siempre me he sentido responsable de ella.

A veces también me siento como la niñera de Chris. La única persona en este coche a la que no tengo que cuidar es Jonah, y eso no se debe a que no beba ni se coloque. Es solo que parece mantener el mismo nivel de madurez, independientemente de las sustancias que corran por sus venas. Tiene una de las personalidades más estables que he conocido. Cuando bebe se queda callado. Cuando se coloca se queda callado. Cuando está feliz se queda callado. Y, de algún modo, cuando se cabrea se queda aún más callado.

Jonah ha sido el mejor amigo de Chris desde pequeños, y son como la versión masculina de Jenny y mía, pero al revés. Chris y Jenny son el alma de todas las fiestas. Jonah y yo somos los secuaces invisibles.

Por mí está bien. Prefiero confundirme con el papel de la pared y disfrutar observando a la gente en silencio antes que ser la persona que se sube a la mesa en el centro de la habitación, la persona a la que observa la gente.

—Pero ¿dónde está ese sitio? —pregunta Jonah.

—A unos ocho kilómetros —contesta Chris—. No está lejos.

—Quizá no esté lejos de aquí, pero sí que está lejos de casa. ¿Quién va a conducir esta noche? —plantea Jonah.

—¡Me pido no hacerlo! —gritan Jenny y Chris a la vez.

Jonah me mira a través del retrovisor. Aguanta mi mirada durante un instante y yo asiento con la cabeza. Él hace lo mismo. Sin decirnos nada, hemos acordado que no tomaremos alcohol.

No sé cómo nos lo montamos para comunicarnos sin hablar, pero es algo que hemos hecho siempre sin ningún esfuerzo. Quizá se deba a que somos muy parecidos, así que nuestras mentes se mantienen sincronizadas durante buena parte del tiempo. Jenny y Chris no se dan cuenta. No necesitan comunicarse en silencio con nadie porque sueltan todo lo que quieren decir, tanto cuando deberían hacerlo como cuando no.

Chris me coge la mano para llamar mi atención. Lo miro y me da un beso.

—Hoy estás muy guapa —susurra.

Le sonrío.

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche en mi casa?

Me lo planteo durante un segundo, pero Jenny se gira y responde por mí:

—Esta noche no puede dejarme sola. Soy una menor que está a punto de pasarse las próximas cuatro horas ingiriendo un montón de alcohol y es posible que alguna sustancia ilegal. Si se queda en tu casa, ¿quién me aguantará el pelo mientras vomito por la mañana?

—¿Jonah? —contesta Chris encogiéndose de hombros.

Jenny se ríe.

—Jonah tiene los típicos padres tradicionales que quieren que esté en casa antes de medianoche. Ya lo sabes.

—Jonah acaba de terminar el instituto —dice Chris hablando de su amigo como si este no se encontrara en el asiento de delante, escuchando cada una de sus palabras—. Debería actuar como un hombre y pasarse toda la noche fuera por una vez.

Mientras Chris dice eso, Jonah detiene el coche en la gasolinera.

—¿Alguien necesita algo? —pregunta ignorando la conversación de la que era protagonista.

—Sí, voy a intentar comprar algo de cerveza —contesta Chris mientras se desabrocha el cinturón de seguridad.

Eso me hace reír.

—Tienes una pinta de menor de edad que tira para atrás. No te van a vender cerveza.

Chris me sonrío, se toma el comentario como un desafío. Se dirige hacia el interior del establecimiento y Jonah se baja del coche para echar gasolina. Estiro el brazo hacia el salpicadero central y cojo un caramelo de sandía que deja siempre ahí. El sabor de sandía es el mejor. No entiendo que alguien pueda odiarlo, pero al parecer él lo hace.

Jenny se quita el cinturón y se pasa al asiento trasero para estar conmigo. Enrosca las piernas bajo el cuerpo y se pone de cara a mí. Me mira con picardía y dice:

—Creo que esta noche voy a acostarme con Jonah.

Por primera vez en siglos siento el pecho henchido, pero no de una manera positiva. Es como si se estuviera llenando de un líquido espeso. Puede que hasta sea barro.

—Acabas de cumplir dieciséis.

—La misma edad que tenías tú cuando te acostaste con Chris por primera vez.

—Sí, pero llevábamos más de dos meses saliendo. Y sigo arrepintiéndome de haberlo hecho. Me dolió mucho, duró como mucho un minuto, y él apestaba a tequila. —Me interrumpo

porque parece que esté insultando las habilidades de mi novio—. Luego ha mejorado.

Jenny se ríe, pero a continuación se recuesta contra el asiento y lanza un suspiro.

—Creo que es admirable que haya aguantado dos meses.

Quiero reírme, porque dos meses no son nada. Preferiría que esperara un año entero. O cinco.

No sé por qué soy tan contraria a esta idea. Jenny tiene razón: yo era más joven que ella cuando comencé a practicar sexo. Y, si ha de perder la virginidad, que al menos lo haga con alguien que sé con certeza que es buena persona. Jonah nunca se ha aprovechado de ella. De hecho, aunque conoció a Jenny un año antes, no comenzó a tirarle los tejos hasta que cumplió los dieciséis. Para ella fue un motivo de frustración, pero él se ganó mi respeto.

Suspiro.

—Solo se pierde la virginidad una vez, Jenny. No quiero que ese momento tenga lugar mientras estás borracha en la casa de un extraño, tumbada en una cama ajena.

Jenny mueve la cabeza de un lado a otro, como si de hecho estuviera considerando lo que le he dicho.

—Entonces quizá podríamos hacerlo en su coche.

Me río, pero no porque me parezca gracioso. Me río porque se está burlando de mí. Así es exactamente como perdí la virginidad con Chris. Aplastada contra el asiento trasero del Audi de su padre. No tuvo nada de especial y fue de lo más incómodo, y aunque hemos mejorado sería agradable que pudiéramos rememorar nuestra primera vez con algo más de cariño.

No tengo ganas de pensar en esto. Ni de hablar de ello. Es precisamente el motivo por el que me cuesta ser la mejor amiga de mi hermana pequeña: quiero emocionarme con ella y que me lo cuente todo, pero a la vez quiero protegerla para que no

cometa los mismos errores que yo. Siempre deseo todo lo mejor para ella.

Le dirijo una mirada sincera, hago todo lo posible por no sonar maternal.

—Si ha de ser esta noche, al menos mantente sobria.

El consejo hace que Jenny ponga los ojos en blanco. Se arrastra de vuelta al asiento delantero en el momento en que Jonah abre la puerta.

Chris también ha vuelto. Sin la cerveza. Cierra la puerta de golpe y se cruza de brazos.

—En serio que tener cara de niño es una mierda.

Me río y le paso la mano por la mejilla para llamar su atención.

—A mí me gusta tu cara de niño.

Eso le hace sonreír. Se inclina hacia mí y me besa, pero nada más tocar mis labios se echa hacia atrás y le da un golpe al asiento de Jonah.

—Inténtalo tú. —Chris se saca unos billetes del bolsillo y estira el brazo para dejarlos en el salpicadero.

—Pero ¿allí no habrá un montón de alcohol? —pregunta Jonah.

—Es la fiesta de graduación más importante del año. Todo el último curso estará allí, y los cuatro somos menores de edad. Necesitamos todos los refuerzos que podamos obtener.

Jonah coge los billetes a regañadientes y sale del coche. Chris me besa de nuevo, esta vez con lengua. No obstante, se aparta con rapidez.

—¿Qué tienes en la boca?

Aplasto el caramelo entre los dientes.

—Un caramelo.

—Yo también quiero —dice acercando su boca a la mía.

Desde el asiento delantero nos llega el gemido de Jenny.

—Parad. Puedo oír cómo os sorbéis.

Chris se echa hacia atrás con una sonrisa, pero también con un trozo de caramelo en la boca. Lo mastica mientras se pone el cinturón de seguridad.

—Han pasado seis semanas desde la graduación. ¿A quién se le ocurre organizar una fiesta seis semanas después? No me quejo. Es solo que me parece que a estas alturas ya deberíamos haber dejado atrás las fiestas de graduación.

—No han pasado seis semanas, solo cuatro —replico.

—Seis —me corrige—. Estamos a 11 de julio.

¿Seis?

Intento ocultarle a Chris la violencia con la que todos los músculos del cuerpo se me han puesto en tensión, pero no puedo evitar esa reacción ante lo que acaba de decir. Todo mi ser se ha quedado rígido.

No pueden haber pasado seis semanas, ¿verdad?

Si han pasado seis semanas... eso significa que tengo un retraso de casi dos semanas con la regla.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

El maletero del coche de Jonah se abre de golpe. Chris y yo nos damos la vuelta rápidamente, pero Jonah lo cierra con fuerza y se dirige hacia la puerta del conductor. Entra en el coche con una sonrisa petulante en la cara.

—Cabronazo —murmura Chris negando con la cabeza—. ¿Ni siquiera te ha pedido el carnet?

Jonah arranca el motor y comenzamos a avanzar.

—Es una cuestión de confianza en uno mismo, amigo mío.

Observo a Jonah estirar el brazo para coger a Jenny de la mano.

Miro por la ventanilla. Tengo un nudo en el estómago, me sudan las manos y el corazón me martillea en el pecho mientras cuento en silencio los días que han pasado desde mi última re-

gla. No había pensado en ello. Sé que fue el día de la graduación porque a Chris le fastidió que no pudiéramos acostarnos. Pero esperaba que me viniera en cualquier momento, convencida de que solo había transcurrido un mes desde que Jonah y él se graduaron. Los cuatro hemos estado tan ocupados no haciendo nada durante estas vacaciones de verano que ni se me había pasado por la cabeza.

Doce días. Tengo un retraso de doce días.

No he podido pensar en otra cosa durante toda la noche; aquí, en la fiesta de graduación. Tengo ganas de pedirle el coche prestado a Jonah para ir a una farmacia de guardia y comprar una prueba de embarazo, pero solo conseguiría que me preguntara el motivo. Y Jenny y Chris repararían en mi ausencia. En cambio, tengo que pasarme toda la velada envuelta por una música a un volumen tan alto que me está abriendo grietas en los huesos. Hay cuerpos sudorosos por toda la casa, así que no me puedo escapar a ningún sitio. En este momento me da demasiado miedo beber, porque no tengo ni idea de lo que podría pasar si estoy embarazada. Nunca he pensado demasiado en el tema, así que ignoro la cantidad exacta de alcohol que puede dañar a un feto. No me pienso arriesgar.

Es que no me lo puedo creer.

—¡Morgan! —grita Chris desde el otro extremo de la habitación.

Se ha subido a una mesa. Hay otro tipo subido a una mesa a su lado. Están jugando a sostenerse sobre un solo pie y turnarse tomando chupitos hasta que uno de los dos se vaya al suelo. Es el juego para beber favorito de Chris y el momento del que menos disfruto a su lado, pero me hace gestos para que me acerque. Antes de que acabe de atravesar la sala, el tipo de la otra

mesa se cae y Chris eleva un puño victorioso en el aire. Cuando llego junto a él se baja de un salto y me rodea con un brazo para atraerme hacia sí.

—No seas aburrida —dice, y lleva el vaso a mi boca—. Bebe. Sé feliz.

Aparto el vaso.

—Esta noche me toca conducir. No quiero beber.

—No, Jonah conducirá esta noche. No pasa nada. —Chris intenta darme otro trago, pero vuelvo a rechazarlo.

—Jonah quería beber, así que le he dicho que ya conduciría yo —miento.

Chris mira a su alrededor e identifica a alguien cerca de nosotros. Sigo su mirada y veo a Jonah, que está sentado en el sofá con Jenny. Ella le ha puesto las piernas sobre el regazo.

—Eres el conductor designado para esta noche, ¿verdad?

Jonah me mira antes de contestarle. Es una conversación silenciosa de apenas un par de segundos, pero Jonah ve en la súplica de mi expresión que necesito que le diga a Chris que no.

Jonah inclina la cabeza ligeramente, en un gesto cargado de curiosidad, pero a continuación mira a Chris.

—No. Voy a pillarme una buena.

Chris hunde los hombros y me mira de nuevo.

—Vale. Supongo que tendré que divertirme yo solo.

Intento no sentirme insultada por lo que ha dicho, pero me cuesta lo suyo.

—¿Estás diciendo que no soy nada divertida cuando estoy sobria?

—Eres divertida, pero la Morgan borracha es mi Morgan favorita.

Joder. Eso me pone triste. Pero está borracho, así que ahora mismo voy a perdonarle el insulto, aunque solo sea para evitar

una discusión. No estoy de humor. Tengo cosas más importantes en la cabeza.

Le doy un golpecito a Chris en el pecho con las dos manos.

—Bueno, la Morgan borracha no ha venido esta noche, así que ve a buscarte a alguien con quien puedas pasártelo bien.

Nada más decir eso, alguien coge a Chris del brazo y tira de él para llevarlo de nuevo hacia las mesas.

—¡Revancha! —dice el tipo.

Y así, mi nivel de sobriedad deja de ser un motivo de preocupación para Chris, por lo que aprovecho la oportunidad para escapar de él, de este ruido, de esta gente. Salgo por la puerta trasera y me encuentro con una versión más tranquila de la fiesta y una ráfaga de aire fresco. Hay una silla vacía al lado de la piscina y, aunque estoy casi convencida de que la pareja que se halla en el agua está en plena actividad —debería considerarse insalubre en ese escenario—, en cierto modo resulta menos molesto estar allí que dentro de la casa. Coloco la silla de manera que no tenga que verlos, me recuesto y cierro los ojos. Me paso los minutos que siguen intentando no obsesionarme con cualquier síntoma que haya podido tener o dejar de tener durante el último mes.

No he tenido tiempo ni de empezar a pensar en lo que todo esto podría representar para mi futuro cuando oigo a mi espalda que alguien arrastra una silla sobre el cemento. No quiero abrir los ojos y ver quién es. Ahora mismo no puedo lidiar con Chris y su borrachera. Ni siquiera puedo lidiar con Jenny y la combinación de sus dieciséis años, la sangría y la hierba.

—¿Estás bien?

Suspiro aliviada al oír la voz de Jonah. Inclino la cabeza y abro los ojos, sonriéndole.

—Sí, estoy bien.

Veo en su expresión que no me cree, pero bueno. No pienso

contarle a Jonah que se me ha retrasado el período porque: (a) no es cosa suya, y (b) ni siquiera sé si estoy embarazada, y (c) si lo estoy, la primera persona a la que se lo contaré será Chris.

—Gracias por mentirle a Chris —le digo—. Es solo que esta noche no me apetece nada beber.

Jonah asiente con la cabeza comprensivo y me ofrece un vaso de plástico. Me doy cuenta de que tiene dos, así que se lo acepto.

—Es gaseosa —me informa—. He encontrado una lata solitaria enterrada en una de las neveras.

Bebo un trago y recuesto la cabeza. De todos modos, la gaseosa sabe mucho mejor que el alcohol.

—¿Dónde está Jenny?

Jonah dirige la cabeza hacia la casa.

—Está tomando chupitos subida a una mesa. No he podido quedarme a mirar.

—Odio ese juego —admito con un gemido.

Jonah se ríe.

—¿Cómo es que los dos hemos acabado con personas tan completamente opuestas a nosotros?

—Ya sabes lo que dicen: los opuestos se atraen.

Jonah se encoge de hombros. Me parece raro que se encoja de hombros por este motivo. Se queda mirándome un instante, a continuación aparta la vista y comenta:

—He oído lo que te ha dicho Chris. No sé si ese es el motivo por el que has salido aquí fuera, pero espero que sepas que no lo ha dicho en serio. Está borracho. Ya sabes cómo se pone en estas fiestas.

Me gusta que Jonah esté defendiendo a Chris ahora mismo. Aunque a veces Chris pueda mostrarse un poco insensible, Jonah y yo sabemos que tiene un corazón más grande que la suma de los nuestros.

—Si hiciera esto constantemente quizá me enfadaría, pero es una fiesta de graduación. Lo pillo... se lo está pasando bien y quiere que me lo pase bien con él. En cierto sentido tiene razón. La Morgan borracha es mucho mejor que la Morgan sobria.

Jonah me dirige una mirada significativa.

—No estoy para nada de acuerdo con eso.

Aparto de inmediato la vista de sus ojos y la centro en mi bebida. Lo hago porque me da miedo lo que está pasando. Comienzo a sentir que mi pecho se llena de nuevo, pero esta vez es algo positivo. El vacío se ve reemplazado por la calidez y las palpitaciones y los latidos, y no me gusta nada porque me da la sensación de que acabo de identificar el motivo por el que me he sentido tan vacía durante las últimas semanas.

Jonah.

A veces, cuando estamos solos, me observa de una manera que hace que me sienta vacía en cuanto aparta la vista. Es una sensación que no he experimentado nunca cuando es Chris el que me mira.

Esa constatación me parece aterradora.

Al parecer, hasta hace poco me había pasado toda la vida sin experimentar esa sensación, pero ahora que lo he hecho, cuando desaparece, es como si una parte de mí se fuera con ella.

Me tapo la cara con las manos. Entre toda la población mundial, entre toda la gente de la que me gustaría rodearme, es una mierda descubrir que Jonah Sullivan es quien ha comenzado a encabezar la lista.

Es como si mi pecho hubiera estado buscando sin descanso la pieza que le faltaba, y Jonah la tuviera aprisionada en su mano.

Me pongo en pie. Tengo que alejarme de él. Quiero a Chris, así que sentir estas emociones estando a solas con su mejor amigo me incomoda y me crea ansiedad. Quizá sea culpa de la gaseosa.

O del miedo a que pueda estar embarazada.

Quizá no tenga nada que ver con Jonah.

Llevo plantada ahí cinco segundos cuando Chris surge de la nada. Sus brazos se cierran en torno a mí un instante antes de que él nos haga caer a los dos a la piscina. Me noto a la vez enfadada y aliviada, porque necesitaba alejarme de Jonah, pero ahora me estoy hundiendo en la parte profunda de una piscina en la que no tenía la menor intención de meterme completamente vestida.

Salgo a la superficie a la vez que él, pero, antes de que pueda pegarle un grito, me atrae hacia sí y me besa. Yo le devuelvo el beso, porque supone una distracción muy necesaria.

—¿Dónde está Jenny? —Levantamos la mirada. Jonah se cierne sobre nosotros dirigiéndole una mirada furiosa a Chris.

—No lo sé —contesta.

Jonah pone los ojos en blanco.

—Te he pedido que no le quitaras el ojo de encima. Está borracha. —Se dirige hacia la casa para buscar a mi hermana.

—Yo también —dice Chris—. ¡Nunca le pidas a un borracho que cuide de una persona borracha! —Se desplaza un par de metros hasta que comienza a hacer pie, y entonces tira de mí. Posa la nuca sobre la pared de la piscina y me coloca de manera que me sujete de su cuello, de cara a él.

—Lamento lo que te he dicho antes. No creo que ninguna versión de ti sea aburrida.

Aprieto los labios, aliviada de que sea consciente de que se ha comportado como un capullo.

—Solo quería que te lo pasaras bien esta noche. No creo que te lo estés pasando bien.

—Ahora sí. —Me obligo a sonreír porque no quiero que se entere de la agitación que siento bajo la piel. Pero, por mucho que intente posponerlo hasta no estar segura, no puedo dejar de

preocuparme. Estoy preocupada por mí misma, por él, por nosotros, por el niño al que podríamos traer a este mundo mucho antes de que cualquiera de los dos esté preparado para ello. No nos lo podemos permitir. No estamos capacitados. Ni siquiera sé si Chris es la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida. Y eso es algo sobre lo que una debería estar completamente segura antes de ponerse a crear a un ser humano con esa persona.

—¿Quieres saber lo que más me gusta de ti? —pregunta Chris. Mi camisa no hace más que salir a la superficie, así que me la mete en la parte frontal de los vaqueros—. Que eres una sacrificada. Ni siquiera sé si esa palabra existe de verdad, pero es lo que eres. Haces cosas que no te apetece hacer para que la vida de quienes te rodean sea mejor. Como lo de ser la conductora designada. Eso no significa que seas aburrida. Significa que eres una heroína. —Me río. Cuando se emborracha, a Chris le da por soltar cumplidos. A veces me burlo de él por eso, pero en secreto me encanta—. Se supone que ahora has de decir algo que te guste de mí —agrega.

Miro hacia arriba y hacia la izquierda, como si estuviera esforzándome por encontrar algo. Él me aprieta el costado en plan jugueteo.

—Me gusta mucho lo gracioso que eres —declaro—. Que me hagas reír incluso cuando has hecho que me sienta frustrada.

Chris sonrío y en el centro de su barbilla aparece un hoyuelo. Tiene una sonrisa tan fantástica... Si estoy embarazada y acabamos teniendo un hijo juntos, espero que al menos herede la sonrisa de Chris. Creo que es el único aspecto positivo que podría surgir de esta situación.

—¿Qué más? —pregunta él.

Levanto la mano y le toco el hoyuelo, completamente preparada para decirle que me encanta su sonrisa, pero en su lugar digo:

—Creo que algún día serás un gran padre.

No sé por qué he dicho eso. Quizá esté tanteando el terreno. Viendo cómo reacciona.

Él se ríe.

—Claro que sí, hostia. Clara me adorará.

Inclino la cabeza.

—¿Clara?

—Mi futura hija. Ya la he bautizado. Pero aún estoy buscando un nombre de chico.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y si a tu futura esposa no le gustara nada ese nombre?

Me desliza las manos por el cuello y me coge de los mofletes.

—Te gustará. —Acto seguido me besa. Y, aunque ese beso no me llena el pecho como las miradas ocasionales de Jonah, en ese momento siento una tranquilidad reconfortante. Por sus palabras. Por su amor hacia mí.

Pase lo que pase cuando me haga la prueba de embarazo mañana, tengo la confianza de que me apoyará. Él es así.

—Tíos, deberíamos irnos —dice Jonah.

Chris y yo nos separamos y levantamos la mirada hacia él. Está sosteniendo a Jenny, que de otro modo no se tendría en pie. Ella le rodea el cuello con los brazos y tiene la cara pegada a su pecho. Está gimiendo.

—Le dije que no se subiera a esa mesa —murmura Chris mientras sale de la piscina.

Me ayuda a salir y escurrimos la ropa todo lo posible antes de dirigirnos al coche de Jonah. Por suerte, los asientos son de piel. Ocupo el del conductor, ya que Chris cree que Jonah ha estado bebiendo. Jonah se sienta atrás con Jenny. Pongo el vehículo en marcha mientras Chris juguetea con el dial de la radio.

En una de las emisoras comienza a sonar *Bohemian Rhapsody*.

sody, así que Chris sube el volumen y se pone a cantar. Unos segundos más tarde, Jonah se le une.

De manera sorprendente, me pongo a cantar en voz baja. No ha nacido aún la persona que oiga esta canción mientras conduce y pueda dejar de cantarla. Por mucho que esa persona tenga diecisiete años, esté en medio de una sospecha de embarazo y albergue sentimientos por alguien que se encuentra en el asiento trasero del coche cuando esos sentimientos deberían pertenecer exclusivamente a la persona que ocupa el asiento del copiloto.